

PAULO FREIRE Y EMMANUEL LÉVINAS: LOS RETOS DE LA EDUCACIÓN CONTEMPORÁNEA

MARTÍNEZ FELIPE CELINA MICHELLE

CECYTE GUANAJUATO, PLANTEL LEÓN SAN JUAN BOSCO

TEMÁTICA GENERAL: FILOSOFÍA, TEORÍA Y CAMPO DE LA EDUCACIÓN.

RESUMEN

En el presente ensayo se analiza por qué la educación, siguiendo los análisis de Freire, ha de tener necesariamente como fundamento el *quid* de la actitud filosófica, es decir, la capacidad de pensar de manera crítica y reflexiva, con la finalidad de que así tanto los educandos como los docentes, podamos desarrollar una injerencia como agentes activos en la sociedad. Asimismo, se postula a la ética de Lévinas, específicamente su concepto del *ser-para-más-allá-de-la-muerte*, como una guía indispensable para la labor docente en nuestro contexto específico.

Palabras Clave

Pensamiento crítico, Relación estudiante-profesor, Responsabilidad social.

INTRODUCCIÓN

En el presente ensayo analizaremos los derroteros fundamentales de la obra *La educación como práctica de la libertad* (2015) del filósofo brasileño Paulo Freire, con la finalidad de ahondar y comprender su visión de los problemas que enfrenta la educación contemporánea; asimismo, señalaremos que una de las intenciones primordiales –si no la más importante– de dicha obra es realizar una apología de la urgencia de que la filosofía, como asignatura y como *quid* que debe guiar a todas las demás asignaturas, sea una parte omnipresente en los planes curriculares contemporáneos. También retomaremos y explicitaremos el concepto del *ser-para-más-allá-de-la-muerte*, de la filosofía ética del pensador Emmanuel Lévinas, con la finalidad de señalar que el cariz esencial que guíe la educación contemporánea debe desarrollarse desde este emplazamiento.

DESARROLLO

El título, pues, de la obra fundamental que nos ocupa es *La educación como práctica de libertad*, título tanto revelador como desafiante, pues por una parte nos indicaría que la práctica de la libertad es una condición *sine qua non* de la educación, es decir, que si la educación no se desarrolla en la *praxis* como un encomio a la libertad, entonces no es educación. Por otra parte, dicho título nos conduciría a preguntarnos, ¿a qué tipo de libertad hace referencia Freire? Bien podría ser el concepto libertad en su completitud o centrarse en algún tipo de libertad en específico. Nosotros nos atrevemos a afirmar que, esencialmente, la libertad de la que habla Freire, es la libertad de pensamiento, libertad distintiva en el ser humano e incluso inherente a éste.

No obstante que la libertad de pensamiento sea tan propia del hombre, podemos observar que en la actualidad parecieran existir mecanismos sociales y/o instituciones que en vez de posibilitar el desarrollo de la libertad de pensamiento, se centran en el adoctrinamiento, v.g. la familia, la iglesia y sin lugar a dudas la escuela, al menos el paradigma tradicional de ésta, a saber, aquel que se enfoca sólo en transmitir contenidos específicos y previamente seleccionados como válidos y verdaderos a los educandos, aquel modelo que Freire llamará la *educación bancaria*, paradigma en el que el educando es visto meramente como un receptáculo donde el maestro hace depósitos, transferencias de contenidos “verdaderos”, donde el estudiante sólo es una especie de archivero en el que se guarda información.

Una de las grandes –si no la mayor– tragedias del hombre moderno es que hoy, dominado por la fuerza de los mitos y dirigido por la publicidad organizada, ideológica o no, renuncia cada vez más, sin saberlo, a su capacidad de decidir. Está siendo expulsado de la órbita de las decisiones. *El hombre simple no capta las tareas propias de su época, le son presentadas por una élite que las interpreta y se las entrega en forma de receta, de prescripción a ser seguida* [el resultado es nuestro]. (Freire, 2015, p. 35)

Aquí no queremos señalar que en las instituciones sociales no se deban enseñar contenidos específicos o que la iglesia, familia o escuela no deba presentar a los niños y adolescentes ciertos valores como positivos o preferibles, escindiendo otros como negativos o indeseables, ya que sería un contrasentido una sociedad donde se deje prácticamente a la deriva a los niños, sin una guía tan necesaria. Contrario a lo anterior, lo que sí queremos indicar es que si bien se deben enseñar contenidos y valores específicos a los niños y adolescentes, estos no deben enseñarse como los únicos y absolutos, sino aperturar el pensamiento de los educandos, liberarlo a nuevas posibilidades, lo cual, además, fomenta la inclusión, diversidad y tolerancia.

Para Freire los seres humanos somos seres inacabados, en constante formación –recordando el concepto *Bildung* de la educación alemana– y, por lo tanto, la educación es también un proceso

perenne, una actividad constante y permanente. Así pues, si somos seres inacabados o imperfectos, pero perfectibles, significa que siempre podemos aprender más. Ahora bien, el aprendizaje, y en general nuestra vida, se da en relación con otros seres humanos, y tradicionalmente a través de un profesor y de los condiscípulos. De manera que dicho proceso formativo no podrá ser realmente tal, es decir, formativo, si es un proceso de dominación o domesticación, sino que deberá ser esencialmente liberador.

Ahora bien, ya hemos señalado que la libertad de pensamiento es vital para la educación, pero ahora el cuestionamiento pertinente a realizarnos es ¿cómo lograr desarrollar en los educandos dicha libertad de pensamiento? Porque, no se trata de enseñar ciertas operaciones que se resuelvan mediante una fórmula general aplicable a un gran número de casos, sino que se trata del pensamiento, de lo más único, abisal y diverso que hay en el ser humano.

Para esclarecer la interrogante anterior, primero habría que preguntarnos en qué consiste la libertad de pensamiento, cuáles son los emplazamientos que la posibilitan. La libertad de pensamiento ha de tener, indudablemente, como prerrequisito, la capacidad de pensar de manera crítica y reflexiva, pero ¿cómo desarrollar una intelección dubitativa, crítica y reflexiva en los educandos? La respuesta para nosotros es clara, a saber, a través de la impartición de asignaturas que se enfoquen en el desenvolvimiento de tales competencias, asignaturas pertenecientes al área de humanidades, destacando entre todas ellas a la filosofía. Empero, aunque es quizá más fácil y directo intentar desarrollar la capacidad de pensar de manera crítica y reflexiva en las materias relacionadas con la filosofía y humanidades, eso no implica que esta deba ser una tarea exclusiva o reservada únicamente a dichas asignaturas, sino que, como habíamos precisado en la introducción, el *quid* propio de la filosofía debe permear a todas las demás materias, así pueda parecer de primera impresión una tarea titánica.

Pero, ¿por qué hacer tanto énfasis en que la educación sea liberadora?, ¿por qué sostener con tanto ahínco que la educación, para ser tal, amerita de mantener siempre el cariz fundamental de la filosofía, a saber, el carácter crítico, dubitativo y reflexivo? Con la finalidad de esclarecer las interrogantes planteadas, hemos de precisar algunas diferencias básicas del ser humano respecto a todo lo demás que configura el mundo.

El ser humano, estrictamente hablando, es el único ser que existe. En efecto, puede haber diferentes cosas y/o entidades que conformen el mundo, la realidad, algunos de estos entes además pueden estar vivos –v.g., plantas– e incluso poseer sensibilidad –v.g., animales–, pero estos entes no existen, sólo el ser humano existe. ¿Por qué?, ¿en qué nos basamos para sostener esta afirmación? Porque de todo lo que compone el mundo, el único ente consciente de que es, de que está ahí (recordando el *Dasein*, el ser ahí, el hombre, de la filosofía heideggeriana), de que existe, es el hombre (obviamente entendiendo el concepto hombre en cuanto a especie, no en cuanto a género); el único ente que no vive en un eterno presente, sino que tiene conciencia de la temporalidad, es el hombre,

más aún, el ser humano es el único ente que sabe acerca de su efímera temporalidad, sólo el hombre se sabe, pues, un *ser-para-la-muerte*, recordando uno de los *existenciaristas* de la filosofía del pensador alemán Martin Heidegger.

Las plantas están, en efecto, en el mundo, pero no son conscientes de lo demás ni de sí mismas. Los animales también están en el mundo y aun teniendo la capacidad de obtener percepciones sensibles de la realidad, éstas no indican conciencia sobre tal realidad y menos de la temporalidad que caracteriza al hombre. El hombre es el único que *sabe* que hay un mundo, porque él es el mundo, puesto que tal concepto es una donación humana.

En base a lo anterior, podemos observar la diferencia intrínseca y abisal entre el ser humano y todo lo demás que integra el universo. Por dicha razón, mientras que a los demás entes les está vetada la posibilidad de realizar injerencia alguna en la realidad, al hombre le es inherente precisamente la capacidad de interferir y modificar su realidad.

Otro de los atributos básicos que distinguirán al hombre del animal, nos dirá Freire, es que el primero es –o debería ser– un ente integrado, mientras que el segundo siempre permanece en los cotos de la adaptación o el acomodamiento, nunca de la integración.

Para Freire (2015) es vital que el hombre se autodetermine en la integración, concepto que hace referencia a la capacidad humana de acoplarse a la realidad, al mundo, pero a la par de ello, también transformarlo, ser un agente de cambio, tener una incidencia en la realidad social; es decir, al hombre le corresponde compaginarse con la sociedad, pero al mismo tiempo ser una instancia en la superación de ideas inveteradas, para así, abrir el horizonte a la transformación, al devenir en favor del mejoramiento de la humanidad.

Por otra parte, los animales pertenecerían, estrictamente hablando, a la esfera del acomodamiento, entendiendo por ello que sólo se ajustan a lo que el medio les presenta, careciendo, pues, de la capacidad de realizar transformación alguna en su entorno. Los animales son, entonces, sólo entes pasivos ante lo que les provee el medio, se tratan de adaptar de la mejor manera a ello, mas no son capaces de realizar un cambio consciente, ya que si en todo caso algunos animales son capaces de emprender cambios en su hábitat o incluso de crear algún tipo de herramienta, éstos son merced a su instinto, no a una actividad consciente y con una teleología que la motive.

Así pues, este privilegio o condena (según se quiera apreciar), que también podríamos llamar exigencia, de ser agentes de cambio en la realidad nos obliga o pone como prerrequisito el poder pensar de manera libre, crítica y reflexiva. Por ello es fundamental y siempre urgente, que la educación, como ya nos dice Freire, sea una práctica de la libertad, por eso la imperiosa necesidad de conservar el cariz filosófico de la educación. En las propias palabras de nuestro autor:

Por eso, sin tardanza, señálese la necesidad de una permanente actitud crítica,
único medio por el cual el hombre realizará su vocación natural de integrarse,

superando la actitud del simple ajuste o acomodamiento, comprendiendo los temas y las tareas de su época. (Freire, 2015, p. 36)

Pensemos, además, que a toda sociedad le debe ser inherente la capacidad de pensar de manera crítica y reflexiva, ya que de lo contrario ella misma se está condenando a padecer, en el sentido peyorativo del término, su historia, no a construirla, a ser, como justo lo veníamos explicitando, un mero agente pasivo dentro de la realidad.

Una sociedad que no desarrolle, entonces, el libre pensamiento, la intelección crítica, terminará a la merced de una clase gobernante carente de cotos, sin límite alguno que equilibre su poder, terminará sumergida en la injusticia, la corrupción y la pobreza.

Por tal razón, nuevamente se nos presenta la urgencia de, a través de la educación humanista, con un diáfano cariz filosófico, concientizar al ser humano de su responsabilidad frente a la sociedad y frente a sí mismo, la responsabilidad e incluso la obligatoriedad de asumirse como el *zoon politikon*, como el animal racional en el que hacía hincapié Aristóteles, como el ser que se encuentra inexorablemente ligado a los demás, comprometido con ellos.

Al defender el esfuerzo permanente de reflexión de los oprimidos sobre sus condiciones concretas, no estamos pretendiendo llevar a cabo un juego a nivel meramente intelectual. Por el contrario estamos convencidos de que la reflexión, si es verdadera reflexión, conduce a la práctica. (Freire, 2016, p. 69)

Para que un cambio en las condiciones sociales pueda ser posible, el hombre no puede permanecer ajeno a los problemas de su época, no puede refugiarse en el quietismo, pues eso lo redificaría, lo degradaría a un estatus de cosificación. El hombre no puede simplemente cerrar sus ojos y obliterar todo lo que pasa en su mundo, el hombre debe ser siempre partícipe en su realidad social, involucrarse en proyectos que abonen al mejoramiento de ésta. Pero, ¿cómo lograr lo anterior? Volvemos a nuestra respuesta: plantando la fértil semilla de la duda, del pensamiento crítico, del asombro, del cuestionamiento y la reflexión.

Y este pasaje [el emerger críticamente], absolutamente indispensable para la humanización del hombre brasileño, no podría hacerse ni mediante el engaño, ni mediante el miedo, ni mediante la fuerza, sino con educación que, por ser educación, habría de ser valiente, ofreciendo al pueblo la reflexión sobre sí mismo, sobre su tiempo, sobre sus responsabilidades, sobre su papel en la nueva cultura de la época de transición. (Freire, 2015, p. 52)

Cabe especificar que resulta claro, que las disertaciones realizadas por Freire se localizan en su contexto específico, a saber, la sociedad brasileña de los años 60's; no obstante, podemos trasladar la esencia de sus análisis y reflexiones incluso hasta nuestra sociedad contemporánea, sin que esto

represente un conflicto, ya que nuestros problemas más urgentes (v.g. corrupción, inseguridad, pobreza, etc.) nacen de la generalizada indiferencia (que a su vez emerge de una falta de espíritu crítico y reflexivo) en la que la mayoría de la población se encuentra. Es decir, todos nos quejamos del gobierno, del descarado saqueo por parte de la clase política, de la inseguridad latente a la vuelta de la esquina, de la pobreza y las escandalosas desigualdades sociales, pero nuestra inconformidad y nuestras quejas no vencen nuestra pasividad, ya que seguimos sin vislumbrar con lucidez que para que un cambio progresivo sea factible, se necesita que nos mantengamos informados y siempre con una actitud crítica, que nos involucremos y nos comprometamos con nuestra realidad.

Sabemos que un cambio como el que amerita nuestra sociedad sería progresivo y abarcaría una gran cantidad de años; por lo tanto, sería preciso también, que además de que nuestro modelo educativo resalte la preponderancia de la filosofía en el Marco Curricular Común, conlleve también una visión ética fundamentada en el pensamiento del filósofo lituano-francés Emmanuel Lévinas, quien postulaba una ética donde el hombre se considerara, en base a sus actos y responsabilidad con los demás, como un *ser-para-más-allá-de-su-muerte*. Una ética como esta significa que aunque la vida del hombre se encuentre marcada y delimitada por su finitud, por la muerte, aun así el hombre debe actuar a sabiendas de que el resultado de sus actos siempre es un legado, siempre lo proyecta hacia el futuro, superando incluso las barreras de la muerte.

Lévinas (2013) realizará una reinterpretación de la figura de Ulises, quien en la Odisea parte a su periplo desde su natal Ítaca, pero al final vuelve a ella y es recibido con una batalla que le regresará su reino, su poder, su gloria y el amor de su pueblo, gozando así del esfuerzo vertido en su viaje. El hombre deberá, contrario a Ulises, embarcarse en el viaje de participar activamente, partiendo siempre de la actitud crítica y reflexiva, en los problemas de su sociedad y su tiempo, consciente de que él no gozará de los cambios posibilitados por sus acciones, no volverá, pues, a Ítaca, a la tierra prometida, sino que está actuando en favor de los demás, en favor del futuro, de una sociedad a la que no alcanzará a presenciar.

En tanto que orientación absoluta hacia el Otro –en tanto que sentido– la obra sólo es posible en la paciencia, la que, llevada hasta sus últimas consecuencias, significa, para el Agente: renunciar a ser el contemporáneo de la conclusión, actuar sin entrar en la Tierra Prometida. El Porvenir por el cual tal acción actúa, debe, de entrada, considerarse como indiferente a mi muerte. La Obra, distinta a la vez de juegos y de cálculos, es el *ser-para-más-allá-de-mi-muerte*. La paciencia no consiste, para el Agente, en engañar su generosidad al ofrecerse el tiempo de una inmortalidad personal. Renunciar a ser contemporáneo del triunfo de su obra es entrever este triunfo en un *tiempo sin mí*, aspirar a este mundo sin mí, aspirar a un

tiempo más allá del horizonte de mi tiempo: escatología sin esperanza para sí o liberación frente a mi tiempo. (Lévinas, 2013, pp. 51-52)

CONSIDERACIONES FINALES

A manera de conclusión podemos señalar que, mediante el análisis hecho del pensamiento de Freire, resulta claro que la educación, para ser tal, debe ser liberadora, es decir, debe fundamentarse sempiternamente en el *quid* de la filosofía, en la actitud crítica y reflexiva, en la puesta en duda de los supuestos, actitud que nos permite imaginar o entrever, al extender nuestro horizonte, una realidad distinta, una realidad mejor a la actual.

Hemos de especificar, además, que la filosofía que guíe a la educación contemporánea no debe ser una filosofía de escritorio, es decir, no debe permanecer meramente en la comodidad de la disertación, en la teoría, sino que debe ser en todo momento una filosofía orientada a la *praxis*, comprometida con nuestra sociedad, con nuestra realidad cotidiana e inmediata.

Si bien la reforma actual en nuestro paradigma educativo ya postula la capacidad de pensar crítica y reflexivamente como una de las competencias genéricas a desarrollar en todos los egresados de bachillerato, consideramos que hace falta sumar esfuerzos para que justamente tal competencia genérica no se quede sólo plasmada utópicamente en un papel, sino que hay que realizar una labor conjunta entre docentes, mediante la constante actualización en métodos y estrategias didácticos, para que la intelección dubitativa, reflexiva y crítica se mantenga en constante desarrollo en el común de las asignaturas y no sólo en las materias relacionadas con las humanidades.

Finalmente, la postura ética de Lévinas sobre el *ser-para-más-allá-de-la-muerte* como guía necesaria que proponemos para nuestro modelo educativo actual, nos ayudaría sobremanera, recordándonos que los esfuerzos que hemos de verter diariamente en nuestra labor educativa se verán reflejados en el futuro, serán un legado no para nosotros, sino para las futuras generaciones que integren nuestra sociedad. La recompensa, pues, a nuestro esfuerzo y dedicación es sembrar no para cosechar nosotros, sino para que el futuro coseche, para que pueda gozar de una mejor realidad.

LISTA DE REFERENCIAS

- Freire, P. (2015). *La educación como práctica de la libertad* (2ª ed., pp. 150). México: Grupo Editorial Siglo XXI.
- Freire, P. (2016). *Pedagogía del oprimido* (2ª ed., pp. 246). México: Grupo Editorial Siglo XXI.
- Levinas, E. (2013). *Humanismo del otro hombre* (2ª ed., pp.136). México: Grupo Editorial Siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

- Castillo, P. (2013). *La ontología del primer Lévinas* (1ª ed., pp. 225). México: Universidad de Guanajuato
- Freire, P. (2015). *La educación como práctica de la libertad* (2ª ed., pp. 150). México: Grupo Editorial Siglo XXI.
- Freire, P. (2016). *Pedagogía del oprimido* (2ª ed., pp. 246). México: Grupo Editorial Siglo XXI.
- Heidegger, M. (2006). *Ser y Tiempo* (3ª ed., pp. 492). Madrid: Editorial Trotta.
- Lévinas, E. (2013). *Humanismo del otro hombre* (2ª ed., pp.136). México: Grupo Editorial Siglo XXI.